

ACCIÓN E IDENTIDAD. SOBRE LA NOCIÓN DE IDENTIDAD NARRATIVA EN P. RICOEUR

Alfredo Martínez Sánchez. I.E.S. Fernando de los Ríos (Málaga)

La noción de identidad narrativa ha sido elaborada por P. Ricoeur fundamentalmente en tres textos: en las últimas páginas del tercer volumen de *Temps et récit*, en un artículo aparecido en la revista *Esprit* en 1988, y en *Soi-même comme un autre*¹. El objeto de esta comunicación es el análisis de algunas de las relaciones que el concepto de identidad narrativa establece entre acción y narración, entre un plano práctico y un plano narrativo, y, en cierta medida, entre vida y literatura.

Cuando la identidad narrativa es introducida por vez primera en el tercer volumen de *Tiempo y Narración* la acción aparece involucrada de dos formas. Una es directa y explícita, la otra es indirecta, a través de la actividad mimética que el autor atribuye a la narración. Este hecho puede pasar desapercibido en una primera lectura, puesto que Ricoeur no considera tal distinción, sin embargo en lo que sigue voy a tratar de mostrar como esa doble conexión inicial se corresponde con la existencia de dos modalidades en la relación entre identidad narrativa y acción (y en la misma medida con dos usos del concepto de acción).

Comenzando con la conexión directa y explícita, en *Tiempo y Narración* podemos leer: "«Identidad» está tomada aquí en el sentido de una categoría de la práctica. Declarar la identidad de un individuo o de una comunidad es responder a la pregunta: ¿quién ha hecho tal acción? ¿quién es el agente, el autor?" (pg. 997). El propio Ricoeur indica el parentesco de estas ideas con la obra de Hannah Arendt: "Responder a la pregunta "¿quién?", como lo había dicho con toda energía Hannah Arendt, es contar la historia de una vida. La historia narrada dice el *quién* de la acción. *Por lo tanto, la propia identidad del quien no es más que una identidad narrativa*" (ibíd.). Para no sobrepasar los límites propios de esta intervención dejaremos a un lado lo que concierne a la identidad de una comunidad, centrándonos en la del individuo. La identidad narrativa nos ofrece, de entrada, una particular caracterización del individuo, o incluso, me atrevería a decir, del sujeto, porque la identidad narrativa nos muestra al individuo como *agente*. Pero la noción de identidad narrativa no sólo señala al autor de la acción, sino que abarca también la acción misma. Se trata, por tanto, de un tipo de identidad cuya composición conceptual nos está diciendo que lo que hacemos forma parte de nosotros mismos (teniendo en cuenta que para Ricoeur la pasión, como correlato de la acción, es también una categoría práctica).

Junto a la acción y al agente hay un tercer elemento que define la noción de identidad narrativa, este elemento es, evidentemente, la narración, porque la acción relevante para la identidad narrativa es la acción contada, el relato de la acción. Son, ciertamente, los recursos narrativos, y la temporalidad que implican, los que permiten, como veremos más adelante, dar un sentido dinámico al concepto de identidad, pero con ellos se ilumina un nuevo campo de meditación: el de las diversas articulaciones de ficción y realidad y sus consecuencias ontológicas. Sin querer entrar en un análisis detallado o en una comparación sistemática

¹ Citaré estos trabajos por sus respectivas traducciones: *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado*, Siglo XXI, Méjico, 1996; "Identidad Narrativa", *Diálogo Filosófico* 24 (1992), pp. 315-24 y *Si mismo como otro*, Siglo XXI, Madrid, 1996.

podemos recordar ahora que para muchos *contadores de historias*, y para buen número de lectores, lo que importa no es lo que se cuenta, sino *como* se cuenta.

Nos deslizamos así hacia la segunda forma en que la identidad narrativa introduce el plano práctico. En *Tiempo y Narración* Ricoeur se ocupa del relato histórico y del relato de ficción, de la historia y de la literatura, pues bien, la identidad narrativa surge del entrecruzamiento de la historia y el relato, de su "referencia cruzada". Esta "referencia cruzada" es entendida por el autor según el concepto de *refiguración*.

En la obra mencionada Ricoeur explora las relaciones entre acción y narración mediante la categoría de *mimesis* (tomada inicialmente de la poética de Aristóteles), contemplada como una *mimesis* creadora y no como una simple imitación: mediante ella, nos dice, la narración "rehace el mundo humano de la acción". Ricoeur ejerce sobre la noción de *mimesis* una doble dilatación, hacia atrás y hacia delante, que le permite distinguir una *triple mimesis*: por una parte, una figura central que sería propiamente invención (la construcción de la trama) a la que denomina *mimesis* II, por otra, el antes y el después de ésta *mimesis* II. La relación *mimética* entre acción y narración consta, así, de tres momentos, la prefiguración (*mimesis* I), la configuración (*mimesis* II) y la refiguración (*mimesis* III): de manera tal que "la configuración textual media entre la prefiguración del campo práctico y su refiguración por la recepción de la obra"². Observemos que la tercera relación mimética vuelve a la primera a través de la segunda, la relación mimética dibuja de esta manera un círculo hermenéutico al partir del campo práctico con el momento de la prefiguración y regresar al campo práctico mediante la refiguración.

La identidad narrativa es un elemento esencial de esta refiguración ejercida por la narración sobre el plano práctico, es decir, sobre "el mundo humano de la acción". Ricoeur escribe: "la tercera relación mimética se define por la *identidad narrativa* de un individuo o de un pueblo, fruto de la rectificación sin fin de una narración anterior por otra posterior, y de la cadena de refiguraciones que de ella se derivan" (*Tiempo y Narración III*, pg. 1000). La acción entra, así, por segunda vez, o de una segunda manera, en la teoría de la identidad narrativa. Mientras que en la modalidad directa el foco recae sobre el "quién": el "quién" de la identidad narrativa es el "quién" de la acción, en la modalidad indirecta el foco recae sobre la narración: el relato *rehace* la acción. En el primer caso la figura destacada es la conexión acción/agente y en el segundo la conexión acción/narración. Esta distinción se hace más clara y adquiere más contenido si analizamos el fenómeno refigurativo ya que, en mi opinión, podemos distinguir también dos modalidades correspondientes de refiguración. Ya en la obra que nos ocupa es posible encontrar indicios de esta diferencia cuando, por una parte, al evocar a Proust, Ricoeur habla de la refiguración operada por "las historias verídicas y de ficción que un sujeto cuenta sobre sí mismo" (op. cit., pg. 998), y por otra, más abajo, se refiere a la refiguración operada por los relatos transmitidos por nuestra cultura, "las obras de la cultura".

La diferencia latente en *Tiempo y Narración* aflora, al menos parcialmente, en el artículo publicado en 1988, que hace las veces de puente entre ese libro y *Sí mismo como otro*. Entre los conceptos presentes en el artículo, y desarrollados posteriormente en *Sí mismo como otro*, se encuentra el de "unidad narrativa de la vida" concebido por Alisdair MacIntyre en *Tras la virtud*³, obra en la que, paralelamente, introduce un concepto narrativo del yo en los siguientes términos: "al definir el concepto premoderno de virtud que me ocupa, ha sido preciso decir algo sobre el concepto concomitante de yo, un concepto de yo cuya unidad

² P. Ricoeur, *Tiempo y Narración I*, Cristiandad, Madrid, 1987, p. 118.

³ A. MacIntyre, *Tras la Virtud*, Crítica, Barcelona, 1987; la noción de unidad narrativa de la vida es introducida en el capítulo 15 junto al concepto narrativo del yo.

reside en la unidad de la narración que enlaza nacimiento, vida y muerte como comienzo, desarrollo y fin de la narración" (op. cit., pg. 254). Con respecto al autor de *Tras la virtud* Ricoeur realiza una precisión que es lo que, en este momento, deseo destacar, pues afirma: "Pero mientras MacIntyre se apoya principalmente en las historias contadas en el transcurso y en el acontecer mismo de la vida, propongo dar el rodeo por las formas literarias de la narración y más en concreto por el relato de ficción" ("Identidad Narrativa", pg. 321). La diferencia escondida en *Tiempo y Narración* se hace ahora manifiesta:

(1) Por un lado, las historias contadas por un sujeto real acerca de sí mismo, las *historias de vida*. Este sería el plano predominante en la concepción de MacIntyre.

(2) Por otro, el plano de las historias que consideramos como obras de la cultura, los *relatos literarios*.

Podemos distinguir estos dos planos llamando al primero plano de la vida o de la acción, y al segundo plano de la literatura, ¿a cuál pertenece la identidad narrativa?. Con esta pregunta se hace patente la ambigüedad contenida en la presentación del concepto de identidad narrativa en *Tiempo y Narración*. ¿Es la identidad narrativa una propiedad del personaje literario, o lo es también del sujeto realmente vivo?, ¿de qué manera, si lo hace, afecta a la identidad del agente de la acción efectiva?

En *Sí mismo como otro* (estudios 5º y 6º) el autor prosigue el camino señalado en el artículo de 1988 con respecto a los análisis de MacIntyre, desarrolla la noción de identidad narrativa en el plano del relato literario, y contempla el fenómeno de la refiguración únicamente en los términos de la relación entre literatura y vida. Sin embargo, mi propuesta consiste, como ya he sugerido, en recuperar la equívocidad de *Tiempo y Narración* para precisarla y distinguir dos tipos de refiguración, y en consecuencia, dos tipos de identidad narrativa:

Una refiguración es la explorada en los dos estudios mencionados de *Sí mismo como otro*, esta refiguración se produce a través de la lectura, que pone en contacto el mundo del texto con el mundo del lector. Nos encontramos, propiamente, ante el tercer momento de la relación mimética, *mimesis* III, en el cual la literatura incide sobre la vida, fundamentalmente, en lo que concierne al personaje, mediante la identificación del lector con el héroe literario (*Sí mismo como otro*, pgs. 160, 161, y n. 25).

En el ámbito literario, la identidad del personaje es el resultado de la *configuración narrativa*. La noción de configuración permite integrar la diversidad en la permanencia, el proceso configurador, en tanto que "síntesis de lo heterogéneo", articula la diversidad de acontecimientos de la historia contada con la unidad temporal misma, y los diferentes componentes de la acción (intenciones, causas y azares) con el encadenamiento de la historia. De esta manera, los diversos elementos de la trama adquieren su significado desde la totalidad temporal de la obra. La narración proporciona un concepto de identidad dinámica que concilia identidad y diversidad, y que puede ser aplicada también al personaje (a través de esa transferencia -de la trama al personaje- nuestro autor buscará la aportación de la categoría narrativa de personaje a la cuestión de la identidad personal, obteniendo ciertas conclusiones en las que aquí y ahora no podemos entrar).

La síntesis de lo heterogéneo es el resultado de la composición de discordancia y concordancia operada por la configuración narrativa. La primera, representada por la diversidad de acontecimientos, componentes inconexos de la acción, casualidades, etc. La segunda, por el principio de orden, el efecto de la necesidad narrativa y de la totalidad temporal conseguidas por la obra. Esta estructura se reproduce en tres niveles: el de la acción narrada, el de la *correlación* entre acción, o trama, y personaje, y, finalmente, en el propio personaje. Escribe Ricoeur: "De esta correlación *entre* acción y personaje del relato se deriva una dialéctica *interna* al personaje, que es el corolario exacto de la dialéctica de concordancia y discordancia

desplegada por la construcción de la trama de la acción". Más abajo añade: "El personaje comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada" (*Sí mismo como otro*, pg. 147).

La segunda refiguración es la ejercida por las historias de vida, las historias que efectivamente contamos en el seno de la acción cotidiana. También en este plano se produce la mediación de la narración, con su "síntesis de lo heterogéneo", así como una circularidad hermenéutica a través de la cual nos interpretamos a nosotros mismos. Tanto en un caso, como en otro, el resultado de la refiguración es una interpretación de este tipo, ya se trate de la refiguración literaria, o de la refiguración que podríamos llamar práctica. No obstante, a pesar de las semejanzas, nos encontramos ante dos formas distintas de refiguración, cuyas diferencias permiten pensar en dos modos de identidad narrativa. El mismo Ricoeur nos sugiere algunas de ellas cuando compara las reflexiones de MacIntyre sobre la unidad narrativa de la vida con las contenidas en *Tiempo y Narración*. El filósofo francés reconoce las diferencias entre la vida y la ficción literaria, pero argumenta que éstas no impiden "la aplicación de la ficción a la vida" (*Sí mismo como otro*, pg. 164), y que los relatos literarios y las historias de vida no se excluyen, sino que se complementan. Seguramente tiene razón, pero eso no altera nuestras conclusiones, que, más bien, salen reforzadas.

No es este el momento para intentar desarrollar las consecuencias de las diferencias a las que me acabo de referir, pero, al menos, voy a tratar de señalar algunas aspectos de tal diversidad. Por un lado, la primera refiguración, la *refiguración literaria*, designa una conexión entre mundo del texto, literatura, y mundo del lector, vida. A través de la lectura la primera refiguración hace que la identidad narrativa del personaje incida sobre el mundo del lector, en el plano que hemos llamado de la vida o de la acción, contribuyendo, narrativamente, a la formación de su propia identidad. Por su parte, la segunda refiguración, a la que, una vez más, podríamos llamar, para distinguirla de la anterior, *refiguración práctica*, designa, predominantemente, una conexión entre el agente y sus acciones; desde esta perspectiva podríamos decir que la primera refiguración es vertical, mientras que la segunda se produce horizontalmente. Además, en este caso, el autor del relato es también el agente de la acción, autor y agente coinciden, sin embargo, en la refiguración literaria el autor del relato no es el autor de la acción (ni de la acción relatada, cuyo agente, en este plano, es el personaje, ni de la acción efectivamente refigurada que pertenece al mundo del lector). Por otra parte, el autor de la historia de vida se encuentra constreñido por unas limitaciones que el autor del relato de ficción no tiene, así, aunque nosotros mismos podemos ser a la vez narradores y personajes en nuestras historias de vida, lo somos de una vida de la que nosotros no somos los autores, sino, a lo más, como el mismo Ricoeur sostiene evocando a Aristóteles, coautores: ya que no podemos ser autores en cuanto a la existencia, al menos podemos ser coautores en cuanto al sentido (*Sí mismo como otro*, pg. 164)⁴. Pero esta participación en la autoría de nuestras narraciones despliega otra gama de diferencias entre los dos tipos de refiguración: en la literatura la imaginación no tiene más límites que los del arte, pero en la historia de vida los límites de la ficción no son tan amplios, como también ha subrayado MacIntyre⁵, y su rebasamiento puede desembocar en el delirio o en la mendacidad.

⁴ Con las historias de vida la interpretación de sí efectuada por el autor/agente se convierte en una construcción de sentido que coincide con lo que para H. Arendt es el resultado de la comprensión: "El resultado de la comprensión es el sentido, el sentido que nosotros originamos en el proceso de nuestra vida, en tanto que tratamos de reconciliarnos con lo que hacemos y padecemos" (*De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995, pg. 30).

⁵ "Lo que el agente es capaz de hacer y decir inteligiblemente como actor está profundamente afectado por el hecho de que nunca somos más (y a veces menos) que coautores de nuestras narraciones. Sólo en la fantasía

Al mismo tiempo, la ausencia de conclusión definitiva abre la posibilidad de organizar diferentes tramas sobre mi vida conocida, como afirma H. Arendt: "sólo conoceremos *quién* es esencialmente alguien después de su muerte" (*De la acción a la historia*, pg. 31).

Encontraremos otra fuente de dificultades si pensamos que el *quién* de la acción no sólo puede determinarse por lo que nosotros contamos acerca de nosotros mismos, sino también por las historias relatadas por otros, se abriría así, igualmente, la posibilidad de una pluralidad de interpretaciones no necesariamente compatibles.

En conclusión, este conjunto de particularidades, junto a otras que podríamos añadir, pone de relieve la existencia de una problemática específica de la identidad narrativa en el plano de la *refiguración práctica*, y contribuye, por tanto, a justificar la distinción entre dos tipos de refiguración y dos modalidades de identidad narrativa.

* * *

Alfredo Martínez Sánchez
I.E.S. Fernando de los Ríos
Málaga